



RAFA DIAZ GAZTELU

HONOR a la  
ESPADA  
ENEMIGA

Literup

LITERUP EDICIONES

© *Honor a la espada enemiga*, Rafa Díaz Gaztelu, 2024.

© de la portada y grafismos interiores, Libertad Delgado, 2024.

© de la corrección, Meritxell Terrón, 2024.

© de la maquetación, Scarlett de Pablo, 2024.

Lectores beta: Celia Añó, Laura G. W. Messer y M<sup>a</sup> Pilar Vicente.

Primera edición: noviembre de 2024

© Literup Ediciones

[www.literup.com](http://www.literup.com)

Depósito legal: B 20333-2024

ISBN: 978-84-126332-8-3

Printed in Spain. Impreso en España.

Podiprint. Antequera - Málaga.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual. (Art. 270 y siguientes del Código Penal.)

## **AVISO DE CONTENIDO SENSIBLE**

**(ATENCIÓN: PUEDE CONTENER DATOS RELEVANTES DE LA TRAMA)**

Abuso verbal, físico; clasismo; guerra, genocidio o bombardeos; racismo; violencia, tiroteos o tortura (recurrente). Muerte o asesinato; sangre, gore o lesiones (explícito). Accidente con vehículo (leve). Canibalismo; incendio; sinhogarismo (mención).

Si necesitas más detalles sobre contenido sensible, visita:

<https://www.literup.com/contenido-sensible> o escribe a

[contacto@literup.com](mailto:contacto@literup.com)

A quienes luchan en familia unida.

*Seré más raudo que un río bravo,  
tendré la fuerza de un gran tifón,  
con la energía del fuego ardiente,  
la luna sabrá guiar el corazón.*

CANCIÓN DE LA VIEJA TIERRA

我的家人是我的长处，也是我的短处。  
Mi familia es mi fortaleza y mi debilidad.

ANTIGUO PROVERBIO CHINO



## REFUGIADOS

El día que estalló la guerra en el espacio, Aeng Fo Kun entendió a sus 13 años las miserias que acarrea.

Una aeronave lo sobrevoló y encendió los propulsores para la inserción orbital. El muchacho siguió la sombra oscura que proyectó sobre el suelo la luz roja del sol de su mundo. El elegante perfil de la embarcación correspondía a los transportes de refugiados que recorrían todo el universtelar. Fo Kun corrió bajo su estela por el empedrado que venía desde el sur hasta llegar a la muchedumbre. El gentío se agolpaba donde sin duda se había descargado al pasaje. Sabía que sus dos hermanas estaban allí. Pero a quien primero localizó fue a su tío Aoki junto con su hijo, Ikuto. Se acercó a ellos.

«Media familia Aeng estará viendo cómo una turba de gente sin hogar camina descalza por tierras extran-

jeras», se dijo Fo Kun con pesar. «Y ni una moneda van a soltar».

Una muchacha andrajosa entre la multitud observaba a los refugiados. Tendría la misma edad que él. Se acercó a uno de los expatriados y le tendió una bolsa, que tintineó con ganas. Aquel acto de caridad lo llenó de esperanza, pero también lo dejó con el corazón en un puño: él ni siquiera había venido a ayudar, solo a curiosear.

—Escoria —musitó el tío Aoki, dirigiéndose a los recién llegados. Al oír aquello, Fo Kun se sobresaltó—. Es lo que son.

Escandalizado por aquellas palabras crueles, el muchacho prestó atención a la columna de gente que pretendía llegar a la gloriosa ciudad de Innket. Eran personas pálidas y de ojos hundidos, oscurecidos bajo ceños coronados por calvas; de hecho, otra anomalía muy llamativa ocurría en sus manos —concretamente en las palmas y en la parte interna del antebrazo—, donde brotaban unas nutridas matas de pelo. Su aspecto habría sido casi siniestro si se los hubiera encontrado en la oscuridad, pero bajo la luz de aquel día no parecían más que un grupo de seres mitológicos surgidos del bosque, asustados y desprovistos de poderes, reducidos a mendigos. Sus rasgos faciales estaban distorsionados: las bocas demasiado anchas, las narices pequeñas y estrechas, como si aquellas gentes perteneciesen a una casta de individuos apartada durante milenios del curso natural de la evolución.

«Vienen de otro mundo, un planeta distante y ahogado en la noche espacial», pensó con una mezcla de fascinación y horror.

—Es cierto entonces lo que cuentan —le dijo el primo a su padre—. La guerra ha estallado más allá de los mundos.

—¿Qué guerra? —intervino Fo Kun.

A pesar de ser tan solo un año mayor que él, Ikuto estaba al día de los asuntos de Estado. Siempre supuso que era porque pasaba mucho tiempo con su tía, Aeng Tuyet, *gobeka*<sup>1</sup> de Araki. La madre de Fo Kun también trabajaba en el gobierno, como *wanlire*<sup>2</sup>.

—El Imperium marcha sobre las tierras yermas de los de Algol. —Su tío señaló sin respeto a los refugiados—. Y los muy desgraciados vienen en busca de auxilio, a ensuciar la luna de nuestros ancestros. ¡No tienen derecho a poner un pie en Araki!

Fo Kun se retorció las manos al oír aquellas declaraciones y, tras mirar a su alrededor, se alejó en silencio de sus familiares sin decir ni media palabra más ni despedirse. Remontó el camino a contracorriente para proseguir la búsqueda de sus dos hermanas.

Entonces las fuerzas del orden los sobrevolaron en formación gracias a sus armaduras verdes, ataviadas con

---

<sup>1</sup> Gobernante planetario de cada mundo-provincia. Ver apéndice sobre el Feudo de Nyn Ho.

<sup>2</sup> Administrativo de gran prestigio encargado de la gestión de diferentes asuntos: finanzas, censos, logística y defensa.

propulsores aéreos. Los agentes se cuadraron a lo largo de la columna de refugiados. Los escoltarían debidamente a la ciudad, o quizá hacia algún espacio reservado por la *gobeka* para ubicar a los algolosi con algunas familias residentes allí. Durante la espectacular aparición de la policía de Innket, Fo Kun fue verdaderamente consciente de que aquello era un acontecimiento histórico.

Tras buscar entre la muchedumbre, al fin encontró a sus hermanas. Estaban subidas a un amplio hito de piedra que había al pie del camino. Rewa portaba su espada *jian* y la armadura roja de subteniente de las legiones. Contemplaba la columna de extranjeros con el ceño fruncido, aunque de manera diferente a como lo había hecho su tío. Con el arma en la mano, parecía que se preparaba para embarcar en la guerra espacial de la que todos hablaban, pero no a combatir a los recién llegados, sino a defenderlos. Sus ojos purpúreos no se apartaban de la gente, como si le hubieran encomendado la honorable tarea de velar por ellos, mientras que su melena oscura se meneaba merced al viento bajo su sombrero cónico y le aportaba un semblante aun más épico si cabe. La primogénita de los Aeng, a sus veintiséis años, era lo más similar a un guerrero legendario que Fo Kun tenía al alcance de la mano.

Su hermana Mei, en contraste, parecía desinteresada en todo aquel guirigay que se había formado. Tenía el pelo claro recogido en trenzas y cara de no haber roto un plato en sus veintiún años de vida. Vestía su usual

blusa *qipao* blanca, que complementaba con un collar de oro y amatista. Giraba la cabeza alrededor, como buscando una excusa para distraerse, y su cabello captó los últimos destellos del día.

Con pesar, Fo Kun comprobó que el sol rojo estaba a punto de tocar las nubes del gigante gaseoso Kubera. Se aproximaba la noche<sup>3</sup>. Se iba a perder todo aquel espectáculo, que sin duda era historia viva de su mundo-provincia. Como siempre, llegaba tarde a los acontecimientos importantes, pero no por despiste o descuido, sino porque, al ser el más joven, era el último en enterarse.

—Ah, aquí está el pequeño *tanuki* —le dijo Mei cuando posó sus ojos claros sobre él, que arrugó la nariz ante el mote que sus hermanas insistían en usar contra él—. ¿Qué haces aquí? —continuó, divertida, ayudándolo a subir al hito—. Esto es solo apto para mayores. O al menos eso creo.

—Ya soy mayor —respondió él, indignado—. Tengo trece años.

Sus hermanas se carcajearon. Fo Kun comprobó con fastidio que, en efecto, no llegaba ni a la altura del esternón de su hermana mayor.

---

<sup>3</sup> Araki es una luna y, por tanto, no orbita la estrella del sistema solar (Lando), sino un gigante gaseoso que sí rodea su sol (Kubera). Los ciclos día-noche se rigen por la ocultación de Lando tras Kubera. Ver el apéndice de Araki para visualizar un diagrama del sistema estelar.

—Lo eres, sí. —Rewa le puso la mano en el hombro y le sonrió afablemente—. Y es hora de que aprendas cómo funciona el mundo.

El muchacho se volvió hacia ella al escuchar el tono de voz que anunciaba una historia o una valiosa lección, como era costumbre. Mei, por otra parte, hacía lo posible por no atender. Fo Kun esperó con expectación la pregunta inicial: los mejores relatos de la primogénita siempre empezaban así.

—¿Qué querrás ser de mayor, pequeño *tanuki*?

—Seré un poderoso y valiente *shogun* de los ejércitos del Feudo —respondió, llevado por el entusiasmo—. O quizá un maestro versado en las artes de la guerra y conocedor de los misterios del cosmos.

—¡O como Mirin Hye, que atravesó el corazón del Demonio Artefacto de Kumoga en las profundidades de los mares ignotos de Joanna! —Mei rio sin apenas mirarlos.

Su hermana quizá había mencionado a la heroína Mirin Hye para ridiculizarlo, pero lo cierto era que él también había pensado en aquella leyenda.

—Antes de alcanzar la gloria debes entender que la guerra tiene caras ocultas. ¡Caras ocultas, Fo Kun! No serán agradables de ver ni de recordar y no las encontrarás en tus libros sobre la Era de los Héroes<sup>4</sup>, pero seguirán

---

<sup>4</sup> Periodo indeterminado de la Historia en el que abundan personajes legendarios como Kise Suni o Mirin Hye, así como demonios, dragones y monstruos. Se cree que puede corresponder a la

ahí. —La primogénita se cruzó de brazos—. Todo ello queda recogido en el venerado Meta Heptálogo Shi-Do, que ya debes conocer al menos parcialmente. Si lo lees con detenimiento aprenderás la fea faceta de la logística, según la cual la población civil se empobrece porque los recursos y los alimentos van todos al frente de batalla.

Fo Kun visualizó aquello en su mente, consciente de que nunca lo había pensado así, pues los cuentos y las leyendas solo hablaban de las gestas de sus héroes, pero no de las desgracias de la gente de a pie.

—También verás la cara de la fertilidad —Rewa alzó el índice, en el que portaba su anillo-comunicador— porque tras la devastación las familias deben reponer las vidas perdidas en combate y tener cuantos más hijos, mejor. Conocerás, además, las de la codicia y las de la cobardía, que suelen ir de la mano, ya que quien con dinero puede evitar luchar y dar la vida así lo hará. Al poderoso no lo verás en el frente combatiendo, pero sí al humilde soldado.

Fo Kun escuchaba maravillado. Le habría encantado poseer esa elocuencia, ese arte a la hora de hablar y de instruir. Tenía mucho que aprender de su hermana Rewa, por muy horrendas que fueran las narraciones.

—Hoy, pequeño *tanuki*, ves la cara de los refugiados. Ves a la gente que, o bien en anticipación, o bien con el

---

primera época de expansión espacial, en torno al año 2700, y que no sean más que historias glorificadas de los primeros exploradores enfrentándose a fauna exoplanetaria.

fuego mordiéndole los talones, huye de su hogar con una mano delante y otra detrás —explicó con voz sombría y señaló a la turba—. Hoy son los algolesi quienes escapan del infierno, pero en otros tiempos fue nuestro pueblo el que huía de su planeta hacia tierras desconocidas, de modo que muestra respeto y prepárate para ayudarlos en lo que puedas.

—El tío Aoki ha dicho que son escoria —comentó Fo Kun, más como una denuncia que como una réplica a la lección de su hermana.

—El tío Aoki no ha pisado un campo de batalla en su vida. —Rewa gruñó—. No escuches sus palabras envenenadas, ya que los de sesera mellada como la suya solo ven la parte de la verdad que les interesa y que se ajusta a sus podridos ideales. Escúchame a mí. Lee a los sabios. Honra el Shi-Do. Respétalos. —Señaló a la multitud.

—Aeng Rewa la Sabia. —Mei se burló, y le dio un ligero puñetazo en el hombro a su hermana—. ¿Y cuántos campos de batalla has pisado tú?

—Uno nada más, bien lo sabes. —Agarró el pomo de su *jian*—. ¡Pero ya son más de los que has pisado tú, que tan solo eres una aprendiz de piloto!

Fo Kun recordó las historias que había contado la primogénita al regresar de la Pequeña Guerra<sup>5</sup>. Les había narrado los interminables bombardeos orbitales,

---

<sup>5</sup> Conflicto bélico entre el Feudo de Nyn Ho y la nación estelar comercial el Corpo Imperio de Amyr que tuvo lugar en el año 7937.

tanto los que descargó el Feudo de Nyn Ho sobre mundos enemigos como los que aguantaron bajo trincheras escudadas por energía proyectada. Fo Kun recordaba las crónicas de su hermana: el terror, la incertidumbre y la profunda tristeza por los compañeros caídos en combate durante esos años, que se le antojaron eternos.

—¿Viste los horrores de las caras de la guerra? —inquirió Fo Kun, que no quería que su hermana se desviara del tema.

—Oh, sí, claro que los vi. Vi cómo los poblados de Nakba estaban sumidos en la miseria por culpa del paso de las tropas, amigas y enemigas. En Navare vi ciudades enteras vacías. —Rewa narraba con pasión y consternación, como si aquellas imágenes la persiguieran por las noches—. Las gentes tuvieron que emigrar hasta que la Pequeña Guerra terminó. Nada hay de glorioso en la guerra, *tanuki*, nada en absoluto.

Su hermana se llevó entonces la mano a su anillo, que vibraba con insistencia: activó el dispositivo personal y la holografía refulgió entre los tres un segundo para desvanecerse enseguida, sumergida únicamente en los ojos de ella. Tras consultar su mensaje, anunció:

—Volvamos a casa, padre quiere hablar con nosotros.

No era de extrañar, ya que Lando, el sol rojo, se había ocultado tras Kubera. Se cernía una noche oscura y púrpura sobre ellos mientras recorrían el camino de vuelta en silencio. Al final del mismo se recortaba la silueta de la casa. La enorme vivienda era una construcción

tradicional en el antiguo estilo *sibeyuan*, donde convivían la familia Aeng y la de su tío Aoki: dos mitades de un cuadrado separadas por un jardín cuadrangular.

Cuando llegaron a la residencia, su madre los esperaba en la puerta con los brazos en jarras. Parada entre los dos leones de piedra que guardaban el umbral, los miraba con equivalente fiereza. Sobre ella, enmarcada en el tejado, estaba la enseña de la familia: la liebre.

Años en un importante cargo gubernamental habían hecho de la honorable Lyeth Akame una mujer en extremo paciente, pero ocultaba una ira terrible que los tres habían sufrido en más de una ocasión. Sin embargo, su madre aquel día solo estaba ligeramente preocupada por la ausencia de los hermanos Aeng y esperaba su llegada en la puerta de la casa como antesala a la convocatoria de su padre.

—Tardía hora gastáis. —Se apartó una trenza por encima del hombro y los señaló con la palma abierta—. ¿Qué haré con estos tres estorbos?

—Nos entretuvimos con lo de los refugiados, mamá. —Mei esbozó una de sus sonrisas inocentes con las que había conseguido de todo siempre—. Papá nos ha llamado y hemos venido a toda prisa.

Así dicho sonaba incluso responsable, y envidió aquella capacidad para salirse con la suya. Su madre asintió y los dejó pasar, encaminados a presentarse frente a su padre. El venerable Aeng Hao era una de las personas más sabias del Feudo de Nyn Ho. Pero además era poeta, dramaturgo y filósofo. Para Fo Kun, sin embargo,

era tan solo «papá». Atenderle era como escuchar la elocuencia de Rewa, pero pagando el precio de entender la parsimonia de las gotas de rocío al fluir poco a poco a lo largo de un tallo de bambú.

Aquello siempre era irritante, pero fue precisamente su padre quien primero lo instruyó en los rudimentos del Shi-Do, y gracias a él sabía que constaba de siete epígrafes y cuarenta y nueve enunciados. Le había enseñado que, en el epígrafe de la Luz, se enaltecían los valores de cualquier ciudadano. En contraste, el epígrafe de la Negrura establecía una serie de prohibiciones y malas prácticas a evitar.

Su hermana Rewa le había revelado otro de los epígrafes aquella misma mañana: el epígrafe de las caras de la guerra, pero lo había hecho de forma didáctica y práctica, ya que para ella el Shi-Do era parte de su día a día.

Sin embargo, el venerable Aeng Hao era un académico. Su padre estaba sentado en el salón principal rodeado de pantallas holográficas, donde se leían los escritos más recientes. Daba pinceladas aquí y allá sobre los versos condensados en exquisitos ideogramas. Vestía elegantes ropas violetas, acordes con su esencia introspectiva y estudiosa. Cuando los vio entrar, sonrió y dejó lo que hacía para atenderlos.

La estancia olía a jazmín. Las luces bajas indicaban lo tarde que era y la necesidad de silencio y tranquilidad para la meditación. Rewa, Mei y él, acompañados de su madre, se sentaron frente a Hao en la postura de *seiza*: descan-

sando las nalgas en los talones y el empuje del pie sobre el suelo, las manos en el regazo y con la espalda recta.

—Hoy, 30 de octubre del año 7942, es un día que nunca olvidaréis. Esto es historia viva. ¡Pero recordad! Los que vienen espolcados por las penurias de la guerra son como nosotros: familias inocentes, mas no seáis ingenuos —explicó él con expresión grave—. Son gentes desesperadas y harán lo que sea con tal de sobrevivir. Os harán daño si con ello consiguen algo para calentar la barriga de sus hijos. No caigáis en el descuido. A partir de ahora no quiero que salgáis de Innket, así que se acabó eso de visitar la capital cada semana.

—¡Pero, papá...! —exclamó Mei.

—Silencio, hermana. —Rewa siseó.

Su padre aprovechó la interrupción para escribir un párrafo más en su pantalla de la izquierda, la que sin duda albergaba el poema en el que llevaba semanas trabajando. La imperturbabilidad de su progenitor siempre lo sorprendía, cómo no se amilanaba ni frente a la más fuerte vorágine. Cual montaña que no se combaba ante el viento, sus convicciones resultaban tan sólidas como cierto era que los planetas giraban en el vacío.

—No tengo ninguna gana de fastidiaros ni quiero impedir que os divirtáis yendo a la ciudad. Es por vuestro bien —explicó Aeng Hao con ternura—. Cuando tañe la campana de la última hora, debéis estar a salvo en casa. ¿Entendido?

—Sí, padre —contestaron al unísono.

—Rewa —llamó entonces el hombre mientras apagaba las holografías y se apartaba de su lugar de trabajo. Enseguida también se sentó en el suelo en la postura de *seiza*—. Debes cuidar de tus hermanos y de tu madre en caso de que suceda cualquier percance durante mi ausencia.

—¿Te vas, padre? —inquirió Fo Kun.

—Sí —respondió, y hablaba a todos—: Una nave me espera para llevarme a Napa Lu. A la luz de los hechos acaecidos hoy, el *eugenarca*<sup>6</sup> ha convocado un concilio allí y busca mi consejo. Decidiremos qué hacer con el espinoso tema de los refugiados en Araki, y en el Feudo en general. Volveré en unos días, no os preocupéis.

Fo Kun lo observaba apenado, como cada vez que su padre se iba lejos a importantes reuniones. Entonces el venerable Aeng Hao desató su *jian* del cinturón y se lo tendió a Rewa. Era una espada hermosa y bien forjada. La guarda era corta y chata, con la forma de una concha de mar. No tenía incrustaciones ni grandes adornos como las catanas de metalografeno del tío Aoki. No, el arma era de colores discretos. Su empuñadura, de un gris oscuro, podía ocultarse fácilmente entre los ropajes si la ocasión lo requería.

—Hija mía, sabes que esta *jian* se llama *Xùnsù*, ‘la rauda’. Lleva más de mil años en nuestra familia. —Alzó

---

<sup>6</sup> Máximo gobernante del Feudo de Nyn Ho. Sus mejoras genéticas son superiores a las del resto de ciudadanos. Gobierna desde el Palacio de las Aguas, en el sistema estelar Procyon.

solemnemente la hoja a la altura de los ojos de su primogénita y le sonrió—. Te hago custodia de esta poderosa reliquia. Es tu deber.

«Deber», se dijo Fo Kun, atesorando aquellas palabras. Rewa se dejó caer y se inclinó hasta tocar el suelo con la frente. Luego alzó los brazos y tomó la espada legendaria que le tendía su padre. Sabía que aquel era un momento importante en la historia de su familia, y prometió que no lo iba a olvidar.